

Los minutos del sueño

"Sólo hay una edad para ella
todos los desgarrones son contemporáneos."

Era un parque de diversiones como cualquier otro. Parecía un oasis de luz y sonidos en el límite del pueblo que quería dormirse ya; sólo un gallo equivocado cantaba a cada rato confundido por las luces. La rueda gigante y el tiro al blanco eran la mayor atracción. Yo fui a comer porroró y copos de nieve, y a mirar a las muchachas con sus novios y madres. En realidad lo que me atraía era ver a la misma gente en otra perspectiva. No podía entender como pagaban para dar vueltas y vueltas como lo hacían todos los días pero también ellos querían ver a su pueblo desde otro punto. Yo deambulaba como un perro escapado y de vez en cuando probaba puntería contra las botellas de vino o contra los blancos todos iguales. Así anduve un rato hasta que pasé por una carpa donde actuaba un mago. Era tarde pero entré igual. El hombre se empeñaba en entretener al público con los mismos trucos que utilizaría para convencer a su mujer de una llegada tarde. Parecía un profeta en plena carrera hacia el aburrimiento más atroz. De pronto, sin ninguna señal visible, entró un viejo todo sucio y comenzó a repartir unos números. Yo recordé que lo había visto tratando de encontrar algún agujero para mirar sin pagar la entrada, pero de alguna forma había entrado. A intervalos breves se paraba para escupir y seguía repartiendo, algunos no aceptaban. Eran cartoncitos de cajas viejas a juzgar por la suciedad que los cubría; a mí me dio el quince. Le fui a preguntar pero me hizo un gesto de silencio. Yo tenía más ganas de una rifa que de mirar al profeta aburrido, que sacaba un pájaro para volverlo a guardar con la misma tristeza, y así con otros animales, de suerte que daba la impresión de tener un zoo en su galera; era todo su mérito. La muchacha de abultadas carnes anunció el final de la función, lamentada de haberme perdido ese acto cuando la cortan al medio. Salgan todos, menos los poseedores de los números — dijo. La sonrisita del viejo sucio pesó en el ánimo de los que no habían aceptado. Esperamos un rato hasta que se fueron los desgraciados que quizá se perderían un beso de la muchachada. El mago hablaba, pausadamente. Nos hizo un relato breve de las pasiones humanas que a mí me interesaba cada vez más, a pesar de la sensación de total desubicación que producía aquel excursi en aquellos momentos.

Señores —dijo— Nuestra compañía dejará este pueblo mañana a primera hora. Nuestra función de entretener es la mínima en estos casos. Nuestra función señores, es profética, —algunas risas ahogadas hicieron palidecer a la muchacha— Ustedes han sido elegidos por mi ayudante — todos miramos perplejos al viejo sucio— El empleó su intuición y repartió los números. La última noche en cada pueblo mostramos esto a unos pocos elegidos. Ustedes harán fila según el orden de sus números —una silla hizo un ruido metálico cuando alguien se levantó y se fue maldiciendo en voz baja. El camino es al borde del escenario. Por favor caballeros, hagan la fila aquí. La mitad de la gente numerada se comenzó a marchar. Seguramente el viejo repartidor tenía eso en cuenta y no le hacía tanto caso a su intuición como a la cantidad de cartones. Quedamos apenas unas diez personas. El mago dejaba escapar una sonrisa amarga de desengaño. Más vale poco y bueno — me decía yo. La gente no había entregado los números al marcharse, ahí me di cuenta que el mío podía ser el primero como el último. Se armó una pequeña confusión hasta que vino el viejo repartidor. Nos pidió los números nuestros. Nosotros nos ordenamos a nuestro antojo, a intervalos breves el viejo siempre escupía. Hoy son pocos —dijo el mago—. Entrarán todos juntos. Pero antes caballeros, les pido calma y reserva. Lo que van a ver es importante y delicado, por favor — agregó gravemente. A mí me preocupaba que el hombre ese tomara la cosa tan en serio, es un loco nato o algo hay — me decía para defenderme un poco de la espera. Ya nos inquietábamos cuando el mago dio la orden. Al traspasar la lona que servía de pared al escenario, una sensación abrupta de misterio me invadió, y nos sorprendimos de veras. Una luz azulada permitía ver sólo los contornos de las cosas, el compañero más próximo se me aparecía como un bulto a pesar de estar casi pegado a mis ojos. Era un pequeño cuarto más bien angosto, formaba una especie de corredor que hacía

que uno buscara enseguida una puerta. Los ojos no se acostumbraban a la luz. Pero lo que más nos intranquilizó fue el olor a encierro de bestia que hacía arder las narices, un olor a pasto y excremento viejo daban ese aliento fétido de jaula sucia. Por aquí — dijo la voz del mago. Me limité a esperar el movimiento de los otros bultos y los seguí. Entramos a una gran sala muy bien iluminada.

Los ojos se resentían ante el repentino cambio de luz. Una enorme lona cubría el lugar donde supuse estaría el objeto responsable del olor, que ya era casi insoportable. El viejo tiró de una cuerda y levantó la lona. Automáticamente ante la visión sorprendente, los diez nos apretujamos contra la puerta. No se asusten —dijo el mago, —miendo quizá una retirada abrupta por parte de nosotros. La bestia era enorme, y a primera vista parecía un animal prehistórico. Innumerables heridas le cubrían el cuerpo, el olor de la sangre resaca era tan fuerte como el de los excrementos. Su mirada era lo más triste que yo había visto, era un animal extraño, lo común con los otros era la expresión de su desangrarse paulatino e incesante. El viejo ayudante apareció por un costado impulsando un carrito, la bestia como por un reflejo condicionado, se removió nerviosa. El mago levantó la tapa del carrito y pudimos ver armas de todo tamaño y complejidad. Sentíamos el resoplar pesado de la bestia, parecía un caballo luego de una larga carrera. Súbitamente, parte de la gente huyó por la puerta hacia la luz azulada. Luego al exterior, uno quedó titubeando, quiso decir algo huyó también dando un grito. Quedamos dos, yo miré a mi compañero y una extraña solidaridad muda nos ayudaba a permanecer.

Caballeros —dijo el mago. El desaliento de su voz pesaba como algo sólido. Como ven, esta bestia está herida de muerte, cumple su inevitable agonía. Su función es elegir un arma e inferirle una herida. Deben hacerlo —su expresión era una mezcla de mandato y ruego. ¿Qué animal es? —le pregunté temeroso. Sólo puedo decirles que es un animal más viejo que el hombre y que lo sobrevivirá. No puedo hablar más —dijo, y para nuestro desconsuelo calló. El otro se había animado y ya buscaba un arma en el carrito, parecía un heladero a punto de vender un helado. Yo también comenzaba a buscar y quería elegir el arma que menos daño le hiciera a la bestia. Al final me decidí por un viejo arco, pero la flecha me pareció demasiado larga, ¿cómo iba a ser hallarla. No supe si era la única. El otro había elegido un revólver y yo pensaba que el dolor iba a ser realmente insoportable. El mago, la muchacha y el viejo, esperaban como si les fuera la vida en nuestro ánimo. Yo no miraba al otro, y cuando sonó el tiro el susto fue tan fuerte que la flecha se me cayó al suelo. Había quedado con su mano extendida y el arma humeante apuntando a la bestia. Es una herida sola —le dije—. El revólver cayó de su mano, estaba como hipnotizado. Dio un paso y corrió; huyó con un alarido salvaje. Yo sentí todo lo hostil de la soledad a pesar de estar acompañado. Era mi turno y tenía miedo. Revisé la punta de la flecha, la coloqué en posición de tiro. Miré a la bestia y muy despacio tensé el arco, un recuerdo me invadió como una ola caliente. Cuando niño había querido hacerle el amor a una oveja, los ojos de aquella bestia eran igual a los de ésta, una diferencia de tamaño únicamente. Sentía unas enormes ganas de llorar. Volví mi cabeza hacia el mago con mirada suplicante, luego puse mis ojos en los senos de la muchacha, y abrí la mano. La flecha hizo un ruido ahogado como si hubiera penetrado en un barro espeso, la bestia resopló largamente y volvió al silencio. Sus ojos me miraron sin odio, volvió a su posición de descanso, la flecha seguía manchándose de rojo. El mago no dejaba de mirarme. Suavemente apoyó un brazo en la espalda de la muchacha que dio un paso hacia mí, luego me tendió una mano temerosa.

¿Y ahora? —le pregunté al mago.

Ya era tiempo —me contestó— necesitábamos un nuevo ayudante.

Tomé su mano nerviosa y la apreté contra mí tratando de sentir otro olor, pero ella olía igual que la bestia.

El viejo ya le había arrancado la flecha y le daba de comer.